

VI.

La premura con que esta vida se escribe, me impide investigar uno á uno los lugares en que se dieron las batallas de tepanecas y tenochea, y aclarar cuáles son los nombres que tienen actualmente. Me limitaré á examinar la situacion topográfica respectiva de las ciudades contendientes, así como la del campo en que pasaron los principales sucesos. Era la isla de Tenochtitlan de mucho menor extension que nuestra actual ciudad; rodeábala completamente el agua por el Sur y por el Oriente, sin que á esos rumbos hubiese calzada alguna todavía: por el Norte estaba unida á Tlaltiluleo, pues solamente la separaba una gran zanja ó canal que corría de Poniente á Oriente, y que aún hay que pasar para ir á Santiago; pero á su vez Tlaltiluleo estaba aislada por el Norte, por donde se extendía el lago hasta el Tepeyacac.

Solamente por el Poniente se unían los dos reinos de México á la tierra, y ambos á Atzacapotzalco, el uno por la calzada de Tlacopan hoy Tacuba, y el otro directamente por la de Nonohualco ó Nonoaleo. Que esta última estaba ya construída en la época de que nos ocupamos, se deduce de haber

puesto Maxtla avanzadas en el citado lugar de Nonohualco. A la izquierda de la calzada de Tlacopan, se extendía el lago, de Tenochtitlan á Popotla, ocupando el lugar que hay entre dicha calzada, Chapultepec y las lomas de Atlacuihuayan, hoy Tacubaya. A la derecha de la calzada de Nonohualco se extendían también las aguas hasta los cerros del Tepeyacac. Uníanse ambas calzadas ya en Atzacapotzalco, y bañaba esa ciudad el lago en todo el rumbo, todavía hoy pantanoso, de San Bernabé, Quauhchilco, etc., siendo sin duda la orilla ó límite el punto llamado Acalotenco, que significa junto al canal. Del lado opuesto al lago y hácia el Sur, teniendo de por medio gran parte de la poblacion, estaba el teopan ó palacio, en el lugar que ocupa hoy la estacion del ferrocarril. En la misma línea estaba el teocalli, frente al punto conocido por la Salitrería: pueden verse aún sus ruinas, aunque no están tan claras y distintas como las del templo de Tlacopan, que se levantan en forma de pequeño cerro, frente á la entrada principal de la parroquia, dejando ver su construccion de adobes, y manifestando todavía con bastante claridad sus diversos pisos. A poca distancia de Atzacapotzalco, y atravesando grandes bosques de ahuehuetes y pinos, de que apenas quedan restos, extendíase el lomerío que lo unía con Coyohuacan, levantándose en último término la cordillera de montañas que como una corona ciñe el Anahuac. Tal era el campo en que se desarrollaron los sucesos que paso á narrar, y que debían dar gloria inmortal á Itzcoatl, y preparar á los tenochea la supremacía y el imperio sobre la mayoría de los pueblos que habitaban la parte civilizada de lo que hoy forma nuestra república.

Tan luego como desembarcó Netzahualcoyotl, reuniéronse en junta de guerra los tres reyes y los tlacatecatl ó generales del ejército aliado, y dispuesto el plan de campaña, se dieron los mandos principales á los primos y sobrinos de Itzcoatl. Formadas las tropas, dirigióles la palabra el rey tenochea, esforzándolas á vencer ó morir, recordándoles la gloria antigua del nombre de México, y exhortándolas á que no

tuvieran en cuenta el número de los tepanecas, sino su propio ánimo, para que nadie desmayase en ese primer encuentro que debía hacerlas temibles á los demas pueblos. Presentó batalla el ejército de Maxtla, parapetado detras de unas albarradas que habia levantado en el lugar llamado Xocnochnopaltitlan, nombre hoy enteramente perdido, pero que debió estar en el espacio que hay entre la Tlaxpana y la calzada de Nonohualco. Cuenta Torquemada que este primer encuentro comenzó de una manera fatal para los tenochea, pues envueltos y arrollados por los tepanecas, fueron rechazados hasta mas acá de la cortadura de Petlacalco, hoy Puente de Alvarado, lo que causó tanto pavor en la ciudad, que comenzaron los soldados á pedir rendirse, y todo se habria perdido si, no buscando ya sino la muerte, no se hubieran lanzado contra los soldados de Maxtla, Itzcoatl, Netzahualcoyotl y Motecuhzoma en persona, haciendo tanta mortandad, y causando tanto temor á los enemigos la intrepidez del rey tenochea, que á sus propias manos habia matado á su gefe, que comenzaron á retirarse, y los tenochea á perseguirlos hasta que los hicieron pasar la cortadura llamada Mazatzintamaleo. Recobrado el ánimo de los aliados, batiéronse tres dias contra las fuerzas de Maxtla, hasta lograr desalojarlas de los terrenos de México, es decir, hasta mas allá de la Tlaxpana. Hasta aquí puede decirse que se habia empleado el tiempo en escaramuzas, pues los reyes aliados se habian limitado á lanzar á los tepanecas del territorio tenochea, y á entretenerlos mientras les llegaban los refuerzos que esperaban.

Llegaron por fin los huexotzincas y tlaxcaltecas. Maxtla con sus tropas extendia su línea de batalla desde Popotla hasta la calzada de Nonoaleo, casi ya en las orillas de Atzacapotzalco: era una masa compacta de soldados, cubiertos por la espalda con numerosas tropas de reserva. Ciento quince dias duraron los encuentros entre los ejércitos contendientes antes que se diese la accion decisiva. Llegó por fin el dia de la victoria. Dividieron los aliados su ejército en tres cuer-

pos: Itzcoatl con gran número de tenochea y la mitad de los huexotzincas, mandados por su caudillo Temayahuatzin, marchó sobre Tlacopan; Motecuhzoma y Quauhtlatca, rey de Tlaltitlulco, con los tlaltitlulca y el resto de tenochea, marcharon por la calzada de Nonohualco, paralelamente á Itzcoatl: como nuestros antepasados no conocieron la caballería, no la tenian para cubrir sus alas, como cubrian los romanos las de sus legiones: formáronlas, sin embargo, los aliados con gran número de canoas montadas por diestros honderos y por expertos flecheros, que iban por el lago á la izquierda de la calzada de Tlacopan, y á la derecha de la de Nonoaleo. Netzahualcoyotl, el tlacatecatl huexotzincas Xayacamachan y el tlacatecatl de los tlaxcaltecas, con ellos, los acolhuas y la otra mitad de huexotzincas, atravesaron el lago, y se fueron á situar al cerro Quah tepetl de la pequeña cordillera del Tepoyacac, para caer por el flanco sobre Atzacapotzalco. Dejéronse de reserva en la ciudad á los mas mozos y menos expertos, pues los habitantes del Anahuac seguian en esto la táctica contraria á la de los romanos; estos ponian al frente de sus legiones á los mas bizoños, para que si fuesen desbaratados, se encontraran los enemigos con los *tertiaii*, que era lo mas escogido de sus tropas; los tenochea, por el contrario, fiaban la victoria al ímpetu de sus veteranos, y cuando el enemigo retrocedia, dejaban caer sobre él las reservas de bizoños, que acababan de destruirlo.

Dióse al ejército aliado la orden de no atacar antes de que el rey acolhua sonara el huehuetl que á la espalda llevaba, como era costumbre entre los monarcas de su nacion. Al despuntar la aurora oyóse á lo lejos el huehuetl de Netzahualcoyotl: hízole eco con el suyo el rey Itzcoatl, y respondió el ejército con un inmenso alarido, y con una vocería espantosa mezclada al lúgubre sonido de los teponaxtiles, que se oyen á muy larga distancia, y al silbo de los caracoles. Cubrió el cielo una nube de flechas, y cayó sobre los tepanecas una granizada de piedras. Lanzáronse contra ellos los Quachic, los Otomitl, los Quauhtli y los Ocelotl, armados de

la poderosa maqualhuítl, mientras que los menos intrépidos les arrojaban la mortífera atlátl. Comenzaron á desmayar los tepanecas; en vano Maxtla les mandaba soldados de refresco: Itzcoatl batía sus tropas ya en Tlacopan, Motecuhzoma atacaba ya las orillas de Atzcaozalco: Maxtla confiaba en sus numerosas huestes, y esperaba el éxito en su tepan. Pero repentinamente oyóse inmenso vocerío por el lado del Norte; era Netzahualcoyotl con los suyos, que tomando el flanco de la ciudad, entraba por Tecompa y se lanzaba á incendiar el templo, señal que aquellos pueblos tenían de la victoria. Al levantarse del teocalli de Atzcaozalco el penacho de llamas que devoraba al dios de los tepanecas, huyeron despavoridos hácia las lomas de Atlacuihuayan y hácia el Mazahuacan los restos del ejército de Maxtla; y penetraron al grito de guerra Mexi! Mexi! Tenochtitlan! Motecuhzoma y Cuautlatoa con sus tropas, y el rey Itzcoatl con sus desde entonces invencibles tenocca. Desbordóse por la ciudad el torrente de la conquista. Cuanto tepaneca era encontrado parecia á manos de los vencedores, sin atender á sexos ni edades. Los soldados recorrían la ciudad con el ocoatl ardiendo, é incendiaban cuanto á su paso encontraban. Maxtla, en su pavor, se habia refugiado en un temazcalli. Descubierta, Netzahualcoyotl, el rey poeta de los jardines de Texcotzincó, en un terrible acceso de venganza, empuñando el itztli de obsidiana, le abrió el pecho, y arrancándole el corazón, lo ofreció, no en aras del dios, sino á la sombra de su desgraciado padre Ixtlilxochitl.

Cuando la negra noche se extendió por el firmamento, todo era algazara y danzas en Tenochtitlan, que reflejaba como diamantes de su corona, en sus cien canales, los millares de luces de ocoatl con que alumbraba su fiesta y su victoria. Reflejaba también el lago las llamas del incendio de Atzcaozalco, que semejaban en el agua manchas colosales de sangre. De los bosques del lomerío salía el quejido casi mudo de los vencidos que allí se habían refugiado para salvar la vida. El rey Netzahualcoyotl se paseaba pensativo en el

tepan de Tenochtitlan con la mano manchada por la sangre de Maxtla. La corte tepaneca se miraba desierta: junto al teocalli estaba tendido el cadáver sin corazón de su tecuhtli. A lo lejos en el Oriente se veía una masa gigantesca y confusa que sacudía sobre su frente un blanco penacho de humo, alumbrado por el fuego interior de sus entrañas, que de cuando en cuando se desbordaba hasta el cráter, semejando un ojo titánico que abría su pupila para contemplar tanta gloria y tanta ruina, tanta alegría y tanta desolación.

El rey de Tenochtitlan, hijo de una esclava tepaneca, condenó la ciudad de Atzcaozalco á que sirviera de mercado de esclavos. ¡Misterios del destino!

VIII.

No podemos alargarnos en este breve estudio, y me limito á decir que Itzcoatl siguió la conquista del reino tepaneca, y que el Códice Mendozino trae los siguientes geroglíficos de los pueblos incendiados en esa guerra: Tlacopan, Atzacapotzalco, Teocalhuayac, Quauhquauhecan, Tecpan, Quauhtitlan, Atlacuihuayan, Mixcoac, Coyohuacan y Quahximalla; de manera que Itzcoatl llevó sus huestes victoriosas hasta las crestas de las montañas del Sur de nuestro valle.

Los tenochca volvieron de sus victorias cargados de rico botín, y despues para premiarlos mandó el rey que les repartieran las tierras conquistadas. Señaláronlas primero á la corona real; y dice la crónica que á Motecuhzoma, por haber sido quien mas se distinguió en la guerra, le tocaron diez *suertes* en Atzacapotzalco. Diéronles dos *suertes* á los demas jefes, y una á cada barrio para el culto de su templo, las cuales del nombre calpulli, barrio, tomaron el de calpullalli.

Al volver los nobles guerreros, recordaron al pueblo el juramento que hizo de servirlos y de llevar á cuestras sus armas, cargas y bastimentos, cuando fuesen á la guerra; y que habian rendido y sujetado para siempre á su servicio sus per-

sonas y bienes. Así se cumplió el famoso pacto social que entregó el pueblo al mando y supremacía de los nobles.

Sujetáronse los tepanecas, obligáronse á reconocer como señores á los tenochca, y á servirles y rendirles tributos, y volvieron á habitar en la servidumbre sus antiguas ciudades y sus casas incendiadas. Así concluyó el poderoso reino tepaneca.

Segun el padre Duran, Itzcoatl estableció entonces para premiar á los mas valerosos y mas dignos, los grandes empleos militares de que ya he hablado, y otros varios empleos civiles. Fueron los principales conquistadores de los tepanecas, los hijos del rey Huitzilihuitl: Motecuhzoma, Huehuezacan, Zitlalcoatl, Aztecoatl, Axicyotzin, Quauhtzitzimitzin y Xiconoc; y los señores Quauhtecoatl, Tlacahuepan, Tlatolzacaca, Mecantzin, Epenatl y Tzompantzin. Nombró á Motecuhzoma Tlacochealcatl, á Huehuezacan Tezacacoatl, á Mecantzin Tecoyahuacatl, y Tozatlacatl á Aztecoatl. Repartió entre los demas los dictados de Ezhuahuacatl, Tillancalqui, Quauhnochtli y Atenpanecatl, que en geroglíficos trae el Códice Mendozino, y los de Acolnahuacatl, Hueytecuhtli, Temillotzín, Tecpanecatl, Calmimelolcatl, Mexicaltecuhtli, Huitznahuatl, Tepanecatecuhtli, Quetzaltecatl, Tecuhtlacamazqui, Tlapaltecatl, Quauhnhuacatl, Coatecatl, Pantecatl, Ictotecatl, Quauhquiahuacatl y Huecamecatl, títulos que no se hallan en el Códice, pero que traen las crónicas. No creo yo que todos estos dictados fueran dados entonces á los conquistadores de los tepanecas, pues si se observa su significado, se verá que varios expresan el señor de tal ó cual lugar, de los que algunos fueron conquistados despues.

IX.

No olvidaron los tenochca recibir los cuerpos de los muertos en batalla, con las ceremonias religiosas que acostumbraban. Estaban encargados de las exéquias los Quauhuehuetques, que iban á las casas de las viudas, y les hacían la siguiente plática: "Hija mia, no te consuma la tristeza, y te acabe los días de la vida: aquí te traemos, y pasan por tu puerta, las lágrimas y suspiros de aquel que era tu padre y tu madre y todo tu amparo: llora y muestra sentimiento por los muertos, que no perecieron cavando ni arando, ni comerciando por los caminos, sino que se fueron por la honra de la patria; y asidos de las manos con el dios Huitzilopochtli, viven en el sol, y andan en su compañía ataviados de luz. De ellos habrá eterna memoria. Lloradlos, mujeres de Tenochtitlan, y llorad vuestra desgracia y aflicción."

Después seguía la ceremonia fúnebre dedicada á Tonatiuh, el sol. Colocabáanse en la plaza los cantores fúnebres, adornadas las cabezas con cintas de cuero negro, y comenzaban á lanzar gemidos y cantos lastimeros al son de tristes teponaxtles. Salían entonces de sus casas las viudas, cubiertas

con el ayatl de sus maridos y los maxtli atados al cuello, y puestas en hilera lloraban al son de los instrumentos, y dando grandes palmadas bailaban inclinándose á tierra y andando para atrás. Los niños, hijos de los muertos, llevaban sus bezotes y daban palmadas y lloraban como las madres, y los que ya eran hombres estaban quietos, de pié, llorando, y llevaban los chimalli y maquauhuitl de sus padres. Venían después los dolientes: los recibían los cantores con grandes sonidos de sus instrumentos y con lamentos y aullidos, *que ponían gran lástima y temor*; después de lo cual aquellos iban saludando á las viudas y á los viejos presentes. Estaba esta ceremonia, como ya dije, dedicada al sol, pues creían los tenochca que eran hijos de Tonatiuh los soldados muertos en la guerra.

Pasados cuatro días, formaban de palos, bultos que semejasen á los muertos, figurándoles ojos y boca; les hacían de papel el ayatl y el maxtli; y les ponían alas de gavilán, para que anduviesen volando delante del sol. Adornábanles la cabeza con plumas, y les ponían bezotes y orejeras. Ponían todas las estatuas en un salón llamado Tlacochealco, á donde iban las viudas á ofrecer, cada una á la suya, un guiso que se llamaba tlatlacuali ó comida humana, unas tortillas á que daban el nombre de papalotlaxcalli, tortilla de mariposas, y en vasijas para bebida, harina de maíz desleída en agua. Volvían entonces los cantores á comenzar sus lúgubres salmodias al son del huehuetl; y como desde el principio de las ceremonias, á ninguno de los que en ellas tomaban parte le era permitido lavarse ni mudar ropa, con tantas lágrimas y luto*estaban muy súcios, y por eso al canto de esta última ceremonia le decían tzocucatl ó canto de mugre. Luego se untaban la cabeza con polvos de cortezas de árbol, que los ponían más súcios; y presentaban las viudas como última ofrenda un tecomatl de neuhthli, pulque, que llamaban teotecomatl; y regaban el suelo delante de las estatuas con rosas, y en braseros les encendían copalli. Entonces los cantores tomaban los tecomates, y después de levantarlos por tres ve-

ces como en señal de ofrenda, derramaban el neuhtli á los cuatro lados de las estatuas. Al ponerse el sol, regalaban las viudas á los sacerdotes cantores con el acostumbrado obsequio de ayatl, maxtli y coatl, que era instrumento de música. Concluía esta ceremonia con prender todos los figurines de palo en una gran hoguera, y mientras ardian, las viudas estaban llorando á su derredor. Acabados de quemar, los viejos sacerdotes dirigian á las viudas la siguiente consolacion: "Hermanas ó hijas nuestras, esforzaos y haced ancho el corazon: ya hemos dejado á nuestros hijos los ocelotl y los quauhtli, y no penseis en volverlos á ver, que no es como cuando salian de la casa enojados, y tardaban en volver tres ó cuatro dias: porque ahora ya se fueron para siempre. Ocupaos en tejer y barrer, y estaos en vuestras casas esperando solamente en Teotl, el señor del dia y de la noche, del fuego y del aire."

Volvia las lágrimas y el duelo, y así duraban en el luto ochenta dias sin peinarse, lavarse ni vestirse. El último dia del luto iban unos sacerdotes á rasparles la suciedad del rostro, la cual llevaban al templo para arrojarla en el yahualucan. A estos tambien les daban las viudas maxtli y ayatl.

Así los sacerdotes tenochca, como los de todos los cultos, entretenian esas costumbres, al fin de las cuales veian siempre el tributo de ropas de las infelices viudas.

X.

Cuando hubo pasado todo lo que llevo referido, tuvo que ocuparse Itzcoatl otra vez de los graves asuntos de la guerra, y sus soldados volvieron á alistarse para una nueva campaña. Habia sucedido que mientras Netzahualcoyotl vino á prestar auxilio á los tenochca, el rey de Huexotla llamado Iztlacantzin se habia rebelado contra el monarca acolhua, y habia ocupado militarmente la corte de Texcoco. No abandonó Netzahualcoyotl la causa de Itzcoatl para volver á recuperar su reino: comprendió que lo mas urgente era vencer á los tepanecas; sin que le cupiera temor de que los de Huexotla lo viesen á atacar á México, pues como hombres de la montaña no se aventurarian en el lago. Concluyó, pues, primero con los de Atzcapotzalco, y volviendo el ejército aliado victorioso, reconquistó Texcoco. Pronto pudo pagarle Itzcoatl la noble deuda que con él habia contraído.

Pone por esta causa el Códice Mendocino entre los pueblos conquistados por Itzcoatl el de Texcoco Acolhuacan; pero no porque lo conquistara para sí, sino en union de Netzahualcoyotl, y para éste, su legítimo tecuhtli.

Segun Ixtlilxochitl, volvió Netzahualcoyotl á Tenochtitlan